

El rol de proveedor en el marco de las transiciones a la vida adulta¹

Por Mario Martínez-Salgado² y Sabrina Ferraris³

Resumen

El tránsito a la vida adulta es un proceso complejo mediante el cual los individuos adquieren las condiciones para direccionar su propio flujo vital. Dicho proceso se materializa en las posibilidades de elegir y actuar dentro de un complejo marco, una mezcla de intereses propios, familiares y restricciones sociales. Una parte sustantiva de esta transición acontece cuando el individuo asume un mosaico de responsabilidades, algunas de ellas ligadas a la unidad familiar. El abastecimiento de las necesidades de consumo y para la producción y reproducción en el hogar, y el cuidado del hogar y la crianza de los hijos son.

En relación con estas tareas, la perspectiva de Género señala que tradicionalmente las actividades vinculadas con el cuidado y la crianza de los hijos, y con la reproducción doméstica son rasgos definitorios de la *identidad femenina*, mientras que las de manutención del hogar con la *identidad masculina*. En particular, los estudios sobre masculinidad destacan el rol de proveedor por su carácter estructurador de la *identidad masculina*.

En este sentido, algunos elementos que contribuirían a cuestionar la *identidad masculina* basada en la proveeduría son la pérdida del empleo, el subempleo y la inestabilidad en el empleo, rasgos de los mercados laborales latinoamericanos contemporáneos. En América latina, por ejemplo, la permanencia en el empleo es menor que la de los países miembros de la OCDE. También, en la región latinoamericana el sector informal ha crecido sostenidamente desde la década de los ochenta, y no menguó durante los noventa.

El propósito de este trabajo es determinar el momento en el que los hombres mexicanos se convierten en el principal sostén económico del hogar. Es de nuestro interés valorar cuánto ha variado este calendario en el tiempo y cuánto difiere entre los distintos orígenes sociales, y si ciertas condiciones relacionadas con el proceso de transición a la vida adulta afectan la temporalidad de la asunción del rol de proveedor.

¹ Trabajo presentado en el VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, realizado en Lima-Perú, del 12 al 15 de agosto de 2014.

² Programa de Posgrado de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México –UNAM. mario.martinez.salgado@gmail.com

³ Cátedra Demografía Social de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires-UBA. sabriferraris@yahoo.com.ar

Organización de la presentación del trabajo.

Dada la perspectiva longitudinal del estudio, el trabajo se divide en las siguientes secciones:

- se discute a cerca del mandato del rol de proveedor,
- se enmarca el contexto económico y social de México durante la segunda mitad del siglo XX,
- se detallan los aspectos metodológicos del estudio,
- se presentan y discuten los resultados, y por último, se expresan algunos apuntes a manera de conclusión.

El mandato de masculinidad del rol de proveedor

El rol asignado al género puede pensarse como un conjunto de prescripciones que la cultura va marcando acerca del comportamiento femenino y masculino (Furlong, 2006). Las diferencias que esto produce se manifiestan en diferentes ámbitos de la vida, siendo más acentuadas, quizá, en la división del trabajo. Tradicionalmente las actividades relacionadas con los hijos (cuidado y crianza) y con la reproducción doméstica son rasgos definitorios de la *identidad femenina*, mientras que la manutención del hogar (proveeduría) de la *masculina*.

En el caso particular de los hombres, los atributos que los distinguen están sostenidos y reforzados por una serie de mandatos sociales. Entre estas exigencias, los estudios sobre masculinidad destacan el mandato del rol de proveedor por su carácter estructurador, particularmente entre los hombres que son padres. La figura de hombre proveedor puede ser vista como un complejo sistema de valores que juzga la importancia de un hombre en función del estatus y de los beneficios financieros de su trabajo (Rosas, 2006).

El trabajo por el que se gana dinero es un componente esencial de la masculinidad. De acuerdo con Burin y Meler (2000), la masculinidad se acredita por la autosuficiencia económica y, en consecuencia, se puede medir en gran parte por el dinero, su acumulación se relaciona con un aumento del prestigio. Además, el cumplimiento del rol de proveedor está asociado con ser la autoridad en el hogar, al ejercicio del poder. El proveedor puede manejar y controlar el dinero obtenido, y decidir el destino del mismo (Burin y Meler, 2000; Olavarría et al., 1998).

En contraste, los hombres que no pueden cumplir cabalmente con su papel de proveedores son susceptibles de ser humillados, pues arriesgan su calidad de hombre (Olavarría et al., 1998; Olavarría, 2006). Aunado a esto, Rosas (2006) señala que la masculinidad se define, tanto por lo que es, como por lo que no se es; un hombre no sólo tiene que buscar ser un buen proveedor, sino tratar de no depender económicamente de la mujer, porque depender de una mujer puede ser peor que no ser un proveedor suficientemente eficiente.

Por otra parte, en las últimas décadas la figura del hombre proveedor se ha ido debilitando en parte por el proceso de deterioro de la economía mundial y de los mercados laborales. Algunas investigaciones destacan que la pérdida del empleo o el subempleo son elementos que han contribuido a cuestionar la identidad masculina, especialmente en sectores urbanos populares (Katzman citado en Rojas, 2008).

Aunado a lo anterior, desde hace tiempo se advierte la aparición de nuevos patrones de autoridad en los hogares donde la aportación y distribución del ingreso no descansan únicamente en el hombre. Cada vez es más común que dentro de las familias las cónyuges o las hijas aporten ingresos económicos derivados de su trabajo (Gonzalbo y Rabell, 2004). Como resultado de esto, en las familias donde el hombre ya no es el único, y a veces ni siquiera el principal proveedor, los roles tradicionales se trastocan y cuestionan, en buena medida porque el trabajo extradoméstico apoya el *empoderamiento* de las cónyuges y de las hijas (Gonzalbo y Rabell, 2004).

En síntesis, de la mano de las desavenencias económicas y laborales de las últimas décadas, el que las mujeres también sean proveedoras económicas de los hogares confronta a los hombres con su propia *identidad masculina*. La emergencia de la jefatura de familia compartida y la femenina como opciones distintas a la tradicional reclama que los hombres se comprometan, dediquen tiempo, compartan, se comuniquen y establezcan formas de relacionarse con el hogar y la familia distintas (Olavarría et al., 1998; Rojas, 2008).

El último tercio del siglo XX mexicano

Posterior al “Desarrollo estabilizador” (1940-1970), caracterizado por la industrialización vía sustitución de importaciones, se distinguen claramente otras dos etapas. La fase de “Desarrollo compartido” (1970-1982) se caracteriza por el comienzo de una desaceleración de la economía y la etapa de “Ajuste y libre mercado” por el ajuste al modelo económico que sienta las bases para que el país sea partícipe de la economía de libre mercado.

Durante el “Desarrollo compartido” el crecimiento de la economía mexicana comenzó a reducirse. El Estado mexicano realizó con poco éxito varios esfuerzos para revertir esta tendencia. Las medidas tomadas por la clase gobernante tuvieron como consecuencia un aumento en el déficit de cuenta corriente de la balanza de pagos, un incremento de la deuda externa, y una tasa de inflación también en aumento (Ruiz, 1999). En esta etapa continuó el incremento en el ritmo de crecimiento de la población económicamente activa y el rápido aumento en la incorporación de la población femenina al mercado de trabajo (González y Monterrubio, 1993).

La estructura y características de la ocupación experimentaron varios cambios. Pese a que buena parte de la población se dedicaba a actividades relacionadas con el campo, y los que se desempeñaban como oficinistas, técnicos y profesionales mantuvieron su volumen, los que realizaban alguna actividad manual calificada o semicalificada fueron cada vez más visibles (Coubés et al., 2005). En algunas ciudades la estructura ocupacional evolucionó hacia un incremento del sector terciario. A inicios de la década de los ochenta fueron cada vez más visibles las ocupaciones no manuales que generaban las cadenas de supermercados, la red bancaria, los restaurantes y los hoteles (de Oliveira y García, 1988).

La quiebra de la economía mexicana en 1982 propició la salida de grandes cantidades de dólares, con la consecuente devaluación del peso frente al dólar y el aumento de la inflación (Aboites, 2008; Ramírez, 1992). En este marco, las actividades industriales y agropecuarias entraron en recesión, se sucedió un aumento de la migración y el desempleo, y se empobrecieron amplios estratos de la población (González y Monterrubio, 1993). La alta inflación y la aplicación de las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural, produjeron una marcada escasez de

oportunidades laborales asalariadas y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993).

Durante la década de los ochenta la población resintió el debilitamiento del papel de Estado en materia de suministro de servicios básicos, observándose marcados retrocesos en las áreas que afectan de manera directa el bienestar social (Tuirán, 1993). Los hogares tuvieron que destacar su capacidad de amparo para asegurar la sobrevivencia de sus integrantes. Las familias movilizaron sus recursos para paliar los efectos de las crisis, ya sea aumentando el número de perceptores, cambiando los patrones de consumo y de distribución de recursos, o bien, insertando a alguno de sus miembros en el mercado laboral a través de sus redes de parentesco (Gonzalbo y Rabell, 2004; Rendón y Salas, 1993). Otras salidas fueron la migración laboral a Estados Unidos y el autoempleo.

El mercado laboral nacional en esa década se caracterizó por una pérdida de la capacidad para generar nuevas ocupaciones, una incapacidad para crear fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala, un proceso de terciarización cada vez mayor, y un evidente aumento de la fuerza de trabajo femenina (Rendón y Salas, 1993). En algunas ciudades los hombres, no así las mujeres, encontraron mejores opciones de empleo en el trabajo no asalariado, esto en pequeños establecimientos relacionados con la manufactura y los servicios (Pacheco, 1994).

Frente a las graves dificultades económicas, en 1985 comenzó el proceso de reestructuración industrial que básicamente consistió en eliminar subsidios y abrir la economía a la competencia externa. En los años subsiguientes el país sufrió una serie de profundas transformaciones en varios ámbitos. Con la reprivatización de los bancos en 1990 y el afianzamiento de la apertura comercial se entró en un acelerado proceso de integración a los mercados mundiales y de cambio en sus estructuras productivas (Ramírez, 1998; Aboites, 2008).

No obstante estas acciones, la informalidad en el empleo no retrocedió. Durante la década de los noventa aproximadamente uno de cada seis trabajadores lo hacía por cuenta propia, en parte porque en algunos casos el sector informal otorgaba mayores remuneraciones a los trabajadores por cuenta propia que a aquellos enrolados en ocupaciones formales (Huesca, 2008). A nivel de América Latina, el sector informal no ha menguado su proporción durante la década de 1990. En 2005, para ejemplificar, 50.3% de las ocupaciones se relacionaban con este sector,⁴ de ellas 55% se relacionan con trabajos por cuenta propia, 33% con microempresas de menos de 5 trabajadores y el resto, 12%, en el servicio doméstico (Tokman, 2007).

En la región latinoamericana el sector informal es el empleador principal de los sectores más empobrecidos, tanto de asalariados como de trabajadores por cuenta propia, pero a ello se agrega su importancia como fuente de ocupación para estratos medios bajos, donde coexisten empresarios, asalariados e independientes ocupados en unidades productivas, tanto informales como formales e incluso en el sector público.

⁴ El país con el mayor registro del tamaño del sector informal es Bolivia (71%) y el de menor Chile (32%). Otros registros destacables son el de El Salvador (55%), Brasil, México, Panamá y Uruguay (aproximadamente 43% en cada uno) (Tokman, 2007).

Otro rasgo del mercado laboral mexicano, compartido también por otros países latinoamericanos, es la baja permanencia en los empleos y la alta rotación de los trabajadores. De acuerdo con Tokman (2007) a fines de los años noventa la permanencia en el empleo en los países de América latina fue en promedio de 7.6 años, y de 10.5 años entre los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). También, en los países latinoamericanos la proporción de trabajadores con menos de 2 años de antigüedad (38%) era mayor que en los países de la OCDE (24%). De igual forma, de acuerdo con el Banco Interamericano de desarrollo (2003) la tasa de rotación para 12 países de la región varía entre 16 y 35% (Tokman, 2007).

En suma, se destaca que en México y el resto de los países latinoamericanos las condiciones económicas han delineado un mercado laboral caracterizado –entre otras cosas– por la inestabilidad y precariedad en el empleo, así como por la pérdida del empleo asalariado y el aumento del subempleo. Condiciones que contribuyen –como ya se dijo– a cuestionar la identidad masculina basada en el cumplimiento del mandato del rol de proveedor.

Metodología

El objetivo de esta investigación es determinar si el momento en el que los hombres mexicanos se convierten en el principal sostén económico del hogar cambió durante el último tercio del siglo pasado, y si esta condición difiere entre los distintos estratos socioeconómicos. Además, interesa examinar el efecto de ciertos aspectos relacionados con el proceso de transición a la vida adulta que podrían afectar la temporalidad de la asunción del rol de proveedor.

El análisis de historia de eventos es el medio seleccionado para desplazarse por este trayecto. Los instrumentos a utilizar son la tabla de sobrevivencia y el modelo logístico de tiempo discreto. El cálculo de tablas de sobrevivencia permitirá conocer el tiempo que transcurre para que cierta proporción de la población masculina se convierta en el principal sostén económico (*calendario*) y la proporción de hombres que asumen el rol de proveedor entre dos edades (*intensidad*). A su vez, los modelos logísticos de tiempo discreto harán posible cuantificar el efecto de los factores laborales y familiares que más adelante se detallan, en el marco de las *transiciones a la vida adulta*.

La Encuesta Demográfica Retrospectiva de 2011 (Eder 2011), fuente de información para este estudio, permite conocer los periodos de al menos un año durante los cuales los entrevistados fueron el principal sostén económico del hogar, por lo que consideramos que el rol de proveedor comienza con el primero de estos periodos. Así, la población objetivo son los hombres de las cohortes de nacimiento: 1951-1953; 1966-1968; y 1978-1980, y para otorgar a los individuos de estas cohortes el mismo periodo de exposición al riesgo de experimentar el evento (convertirse en el principal sostén económico del hogar) truncamos la información a los 30 años de edad.

Además de la información sobre la *proveeduría*, la Eder 2011 ofrece datos sobre la *edad de incursión en el mercado laboral*, las *características de los empleos desempeñados*, la *conformación del hogar de origen*, y la *historia conyugal y reproductiva*. Con esto, entre los factores que suponemos se asocian con la temporalidad del inicio del rol de proveedor situamos la *Cohorte de nacimiento* y el *Origen social* (fijos en el tiempo). Con la *cohortes de nacimiento* se

busca dar cuenta de los efectos del contexto socio-histórico sobre el calendario del evento. El *origen social*, variable construida por Solís (2013), toma en cuenta la estratificación económica (activos del hogar a los 15 años de edad), la estratificación educativa (escolaridad combinada de ambos padres), y la estratificación ocupacional (estatus ocupacional del jefe económico del hogar o del padre). Su inclusión responde a que suponemos que las desigualdades sociales y económicas condicionan las posibilidades de elección en distintos ámbitos de la vida de las personas y proyectan a los individuos hacia un desigual acceso a las oportunidades económicas y de ascenso social.

También consideramos que la *Transición laboral* y la *Transición laboral en Economía formal* (variables que cambian con el tiempo) son situaciones que inciden sobre el calendario del inicio del rol de proveedor. Con la inclusión de la *Transición laboral* se busca ver cuánto de la temporalidad del evento se explica por el hecho de conseguir un primer empleo. Respecto a la *Transición laboral en Economía formal*, esta variable fue construida a partir de la posición en el trabajo y el tamaño de la unidad económica. Este indicador combina dos enfoques teóricos sobre informalidad (Beccaria y Groisman, 2008), el primero define a la informalidad atendiendo a las características del establecimiento, y el segundo destaca el carácter irregular del puesto de trabajo. Bajo estas consideraciones construimos las categorías *Empleo en la economía formal* (no asalariado –patrón y cuenta propia– formal, y asalariado en el sector formal) y *Empleo en la economía informal* (no asalariados –patrón y cuenta propia– informales; asalariado en sector informal; trabajador destajo en sector informal; trabajador destajo en sector formal; y trabajador sin pago).⁵ El objetivo de la variable *Transición laboral en Economía formal*, entonces, es destacar el efecto de la transición al primer empleo en la economía formal y exponer si dicho efecto es coyuntural o es de largo plazo. Por ello la variable presenta los estados “transicional”: primeros dos años de haber obtenido un empleo en la economía formal, y “postransicional”: después de dos años.

El rol de proveedor, por otro lado, se asocia con el hogar y la familia. De ahí que consideramos relevante *el tipo de arreglo residencial* en el que se encuentran inmersos los entrevistados como regulador del tiempo en que los hombres se convierten en proveedores. La variable sobre el *Arreglo residencial* (variable que cambia con el tiempo) fue construida con los datos sobre coresidencia con los padres, la cónyuge y los hijos (sólo interesó la coresidencia con hijos menores de 12 años). Las categorías que componen esta variable son “ambos padres” (categoría de referencia), “hogar monoparental con jefatura femenina (madre)”, “sólo con la cónyuge”; “con cónyuge e hijo” y la categoría residual “otro arreglo”.

Resultados

⁵ La subestimación de la informalidad, reconocemos, podría estarse dando dentro de la categoría de los asalariados en el sector formal que carezcan compensación y prestaciones laborales conforme a la ley, lo cual es una limitación de la fuente de información. No obstante, es importante destacar que dicha condición del asalariado suele darse mayoritariamente en el sector informal, factor que sí está contemplado en dicha variable construida.

De los mil 358 hombres considerados en este estudio,⁶ 31.4% pertenecen a la cohorte más antigua (1951-1953), 31.3% a la intermedia (1966-1968), y 37.3% a la más joven (1978-1980). De acuerdo con el origen social, 33.4% tienen un origen social bajo, 32.5% provienen de uno medio y 34.2% de uno alto. Además, del total de hombres, 82.0% se convirtieron en el principal sostén económico antes de cumplir 31 años de edad. En detalle, el siguiente cuadro muestra la proporción de proveedores por cohorte de nacimiento y origen social, de donde se destaca que la fracción de hombres proveedores disminuye conforme transcurre el tiempo. En la cohorte de nacimiento más antigua 87.1% de los hombres se convirtieron en proveedores antes de cumplir los 31 años de edad, mientras que en la cohorte más reciente esta fracción es de 75.9%.

Cuadro 1. Distribución de proveedores por cohorte de nacimiento y origen social. México, 2011.

Cohorte de nacimiento	%	Origen social	%
1951-1953	87.1	Bajo	90.3
		Medio	86.3
		Alto	84.4
1966-1968	84.0	Bajo	86.2
		Medio	85.2
		Alto	80.7
1978-1980	75.9	Bajo	80.8
		Medio	76.6
		Alto	71.2

Fuente: Elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Al considerar, también, el origen social, observamos un descenso pronunciado de la proporción de proveedores en los tres estratos, siendo un tanto más acentuado en el estrato alto, al pasar de 84.4% en la cohorte 1951-1953 a 71.2% en la cohorte 1978-1980. Con estos resultados es factible esperar un retraso general del calendario del momento en que los hombres mexicanos se convierten en el principal sostén económico de sus hogares, el cual será particularmente mayor entre los hombres jóvenes con un origen social alto. Además, cabe la posibilidad de que en esta disminución de la proporción de proveedores esté relacionada con cambios en la distribución de las actividades en los hogares y de la participación económica de sus integrantes. Entonces, podemos suponer que en los grupos sociales medios y altos las cónyuges contribuyan al sostén del hogar, bien en un esquema donde no es posible identificar un proveedor principal: doble

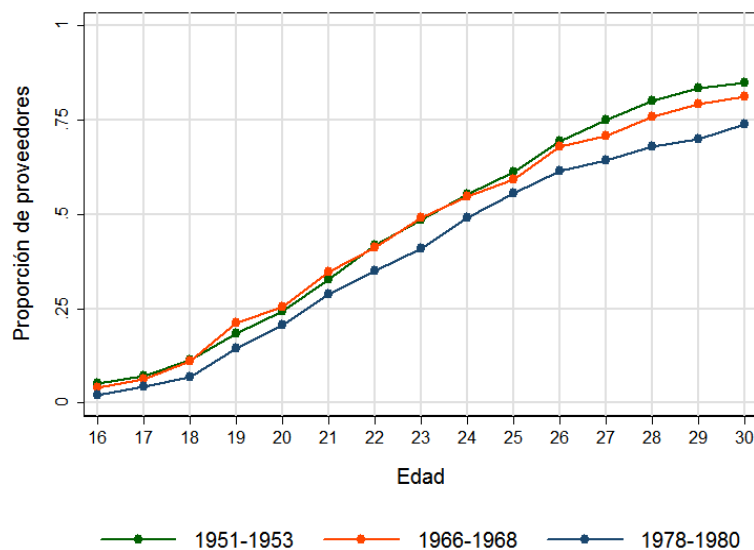
⁶ La Eder 2011 entrevistó a mil 387 hombres, pero para fines de este trabajo sólo se tiene información completa de mil 358 hombres.

proveeduría o proveeduría compartida, o en uno donde la mujer es el principal sostén económico -proveeduría femenina.

¿Cuándo los hombres se convierten en proveedores?

En la siguiente gráfica se observa el *calendario e intensidad* del inicio de la proveeduría entre los hombres mexicanos de las tres cohortes de nacimiento consideradas. Destaca lo parecido de los calendarios de la cohorte más antigua y la intermedia, en ambos casos la edad mediana es 23.2 años, y lo disímil de estos respecto a la cohorte más joven, donde la edad mediana es 24.1 años. Al contrastar las edades asociadas con el tercer cuartil encontramos que las diferencias se amplifican. Esto es, tres cuartas partes de los hombres de la cohorte de nacimiento 1951-1953 comenzaron su rol como proveedores a los 27 años, en tanto que los de la cohorte 1966-1968 lo hicieron a los 27.9 años y los de la cohorte 1978-1980 a los 30.6 años.

Gráfica 1. Calendario e intensidad del inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento. Hombres. México, 2011.



Fuente: Elaboración propia con datos de la EDER 2011.

En suma, es en la última cohorte en donde se presenta un cambio en el calendario, lo que probablemente esté relacionado con una entrada al mercado laboral más tardía, producto de una estancia más prolongada en el sistema escolar y un contexto económico adverso. Es posible que la primera inserción en el mercado laboral de los más jóvenes haya ocurrido a mediados de la década de los noventa, época adversa en el plano económico y laboral, lo que seguramente les dificultó conseguir un empleo.

Ahora bien, con el objeto de ahondar en las diferencias por cohorte y estratos sociales, en el siguiente cuadro se presenta el resumen del calendario e intensidad del evento por cohorte de nacimiento y origen social. Los resultados muestran que las principales diferencias entre generaciones se dan, fundamentalmente, entre la cohorte antigua y la más joven. Los principales protagonistas de estos cambios son, al parecer, los hombres de los estratos medio y alto. Tomando como referencia la edad mediana, los hombres de la cohorte 1951-1953 de los estratos medio y alto se convirtieron en el principal sostén económico de sus hogares a los 23.2 y 24.0 años, respectivamente, en tanto que en la cohorte 1978-1980 los hombres con un origen social medio lo hicieron a los 23.7 años y a los 25.9 años los hombres con un origen social alto, esto es una diferencia entre cohortes en el estrato alto de casi dos años de retraso.

Otro rasgo a destacar es que los hombres con un origen social bajo, sin importar la cohorte de nacimiento, son los que se convierten en proveedores más tempranamente. La edad mediana entre los hombres de este estrato es próxima a los 22 años en las tres cohortes.

Cuadro 2. Resumen del calendario e intensidad del inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento y origen social. Hombres. México, 2011.

	Cohorte de nacimiento								
	1951-1953			1966-1968			1978-1980		
Origen social	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
1er. Cuartil	19.0	19.7	21.4	19.1	19.0	20.6	19.9	20.1	22.7
Mediana	22.1	23.2	24.0	21.9	23.2	25.1	22.5	23.7	25.9
3er. Cuartil	25.7	27.7	27.7	25.7	28.0	29.2	27.3	29.9	---
Rango intercuartil	6.7	8.0	6.3	6.5	9.0	8.6	7.4	9.8	---

Fuente: Elaboración propia con datos de la EDER 2011.

Asimismo, dentro de las cohortes podemos observar diferencias por origen social. Los varones del estrato social medio, y sobre todo los del estrato alto son los que más tarde se convierten en proveedores. En las dos cohortes más recientes la brecha en el calendario entre los hombres con un origen social bajo y alto aumenta. Considerando la edad mediana, la diferencia entre el estrato bajo y alto en la cohorte 1951-1953 es 1.9 años, mientras que para las cohortes 1966-1968 y 1978-1980 es 3.2 y 3.4 años, respectivamente.

¿Qué factores podrían estar incidiendo sobre el calendario de la proveeduría?

Con el objeto de retratar el impacto de los cambios económicos y laborales sobre el calendario del inicio del rol de proveedor, el siguiente cuadro muestra las *condiciones de informalidad* en el empleo al momento en que los hombres de las tres cohortes de nacimiento se convirtieron en el principal sostén del hogar. Antes de analizar los resultados, es pertinente recordar el contexto histórico en materia económica en que se desarrollaron estos hombres. En general, podemos decir

que buena parte de los hombres de la cohorte 1951-1953 comenzaron a trabajar al final de la etapa del “Desarrollo estabilizador” e inicio de la etapa de “Desarrollo compartido”, en esta coyuntura la economía mexicana muestra claros signos de desaceleración, además de una creciente inflación y un incesante incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo. En tanto, los hombres de las cohortes 1966-1968 y 1978-1980 se desarrollaron como trabajadores durante la etapa de “Ajuste y libre mercado”, la cual se caracterizó por un bajo crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala, y un proceso de terciarización cada vez mayor, eso sin mencionar las crisis económicas de 1982 y 1994-1995.

Estos acontecimientos dejaron su impronta en nuestro indicador sobre el empleo en la economía informal. La fracción de la población masculina con un empleo en la economía informal pasó de un 32.9% para la cohorte más antigua, a un 42.2% para la cohorte intermedia. Más aún, si se observa la información desagregada, vemos que este crecimiento principalmente se debió al aumento de los trabajadores informales por cuenta propia, en disminución de la masa asalariada. También, los resultados permiten observar una disminución de la proporción de trabajadores en la economía informal para la cohorte más joven, llegando a niveles similares a los de la cohorte 1951-1953, lo cual concuerda con lo observado en otros países de la región latinoamericana, donde la informalidad laboral a fines del siglo pasado no ha crecido o lo ha hecho poco (Tokman, 2007).

Cuadro 3.- Condiciones de informalidad en el empleo al inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento. Hombres. México, 2011.

Informalidad	Cohorte de nacimiento		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980
<i>Empleo en la economía informal</i>			
Asalariado en sector informal	18.7	17.4	16.1
No asalariado en sector informal	9.0	15.5	9.5
Trabajador destajo en sector informal	0.8	4.3	1.8
Trabajador destajo en sector formal	1.6	3.0	2.6
Trabajador sin pago	2.8	2.1	0.9
Subtotal	32.9	42.3	30.9
<i>Empleo en la economía formal</i>			
Asalariado en sector formal	66.6	57.0	67.9
No asalariado en sector formal	0.5	0.8	1.1
Subtotal	67.1	57.8	69.0
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia con datos de la Eder 2011.

A pesar de que aproximadamente tres quintas partes de los hombres de las tres cohortes tenían un empleo en la economía formal al momento en que se convirtieron en el principal sostén del hogar, es preciso destacar que entre tres y cuatro hombres de cada diez, sin importar la cohorte de nacimiento, se iniciaron como proveedores en un contexto de informalidad. Esto es relevante toda vez que la informalización y la introducción de contratos de trabajo atípicos, junto al mayor número de trabajadores sin contrato o del tipo “temporales”, conllevan a una menor protección y seguridad. Asimismo, los que trabajan en condiciones informales en actividades por cuenta propia y en microempresas, incluso familiares, además de generar ingresos insuficientes quedan fuera de los sistemas de protección. Estas condiciones resultan en incertidumbre, misma que seguramente marcará el calendario de su participación como proveedores.

Otro aspecto a destacar es el *arreglo residencial* en el que se encuentran los hombres al momento de convertirse en el principal sostén económico del hogar, relacionado con las transiciones familiares a la adultez (la conformación de un hogar propio, el inicio de la conyugalidad y la paternidad). El siguiente cuadro exhibe la distribución de la población masculina por tipo de arreglo residencial y cohorte de nacimiento. El principal aspecto a resaltar de este cuadro no tiene que ver con el aumento o disminución de determinado arreglo, lo que se destaca de esta información es la relativa invariabilidad entre las cohortes de nacimiento. El único incremento a señalar es el de la proporción de hombres que cohabitan con su cónyuge y al menos un hijo menor de 12 años. En la cohorte más antigua 13.5% se encontraba en el arreglo referido al momento de convertirse en proveedor, mientras que esta fracción asciende a 18.5% en la cohorte intermedia y a 19.8% en la cohorte más joven. Esto es relevante, suponemos, porque nos estaría indicando que aproximadamente uno de cada cinco hombres de la cohorte más reciente asume el rol de proveedor cuando son padres; esto es, se convierten en el principal sostén económico del hogar cuando las actividades y responsabilidades económicas en los hogares son mayores. De esta forma, es posible suponer que en etapas previas, si es que hubo una fase conyugal previa, las parejas de estos hombres tuvieron una participación económica activa y que debido al nacimiento o al cuidado de algún hijo menor de 12 años disminuyeron, o bien cesaron, su aporte económico.

Cuadro 4.- Tipo de arreglo residencial al inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento. Hombres. México, 2011.

Arreglo residencial	Cohorte de nacimiento		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Con ambos padres	14.1	17.1	13.8
En hogar monoparental (madre)	6.8	4.5	9.6
Sólo con cónyuge	50.0	48.9	46.4
Con cónyuge e hijo menor de 12 años	13.5	18.5	19.8
Otro arreglo	15.7	11.0	10.4
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Ahora bien, ajustamos una serie de modelos de regresión logística de tiempo discreto para saber si las diferencias en el calendario por cohorte de nacimiento y origen social, expuestas anteriormente, no esconden por detrás las variaciones de otros factores, tales como las condiciones del mercado laboral y las estructuras residenciales. Este ejercicio está compuesto por 5 modelos anidados y los resultados aparecen en el siguiente cuadro.

En el Modelo 1 encontramos el comportamiento esperado por *tramos de edad*, acorde a lo reflejado en las curvas de sobrevivencia: a medida que aumenta la edad los momios de convertirse en proveedor crecen. Respecto del tramo de edad 10-14 años (*grupo de referencia*), los momios más altos se encuentran en el tramo 24-25 años. En cuanto al transcurso del tiempo histórico, también en concordancia con lo descrito anteriormente, no se encuentra una diferencia estadísticamente significativa entre la cohorte intermedia y la más antigua (*grupo de referencia*), pero sí hay una discrepancia considerable entre los hombres de la cohorte 1951-1953 y los de la cohorte 1978-1980. Manteniendo constante el resto de los factores, los momios de convertirse en el principal sostén económico del hogar de la cohorte más joven son 23% menores que los de la cohorte más antigua. Esto podría relacionarse con la extensión del período educativo de los jóvenes, así como el retraso de las transiciones a la vida adulta en las últimas décadas en los varones como lo han retratado algunos investigadores (Martínez, 2010).

Al incorporar en el Modelo 2 el efecto del *origen social* vemos, por un lado, que las diferencias entre las generaciones 1951-1953 y 1978-1980 se mantienen, al tiempo que el modelo en su conjunto nos reporta también un calendario más tardío de rol de proveedor para los grupos sociales medios, y sobre todo los altos. Respecto de los hombres con un origen social bajo, los momios de convertirse en proveedor son 28% menores en el estrato social medio y 42% menores en el estrato alto, lo cual se asocia, suponemos, con un calendario más tardío de la formación familiar (entrada en unión e inicio de la paternidad) en estos estratos.

En el Modelo 3 además de los *tramos de edad*, la *cohorte de nacimiento* y el *origen social*, incluimos la temporalidad de la *primera inserción laboral*. El efecto de esta transición a la adultez referida al empleo es acorde a lo esperado: el inicio de la vida laboral multiplica varias veces los momios de convertirse en el principal sostén económico del hogar. Otro rasgo a resaltar es que al incorporar este factor se pierde el efecto generacional, lo que podemos interpretar como que buena parte de la discrepancia entre las cohortes más antigua y más reciente se explica por el disímil calendario del ingreso al mercado laboral. Además, si tomamos en cuenta las condiciones laborales de este primer trabajo (Modelo 4), encontramos que los momios de convertirse en el principal sostén del hogar siguen siendo altos al iniciarse en el mercado de trabajo, independientemente si esta experiencia se da, o no, en un contexto de *informalidad*. Más aún, observamos que *iniciarse en un empleo en la economía formal* aumenta los momios de convertirse como proveedor, sobre todo los primeros dos años, pues luego deja de ser significativo.

Por último, en el Modelo 5 se observa que al incorporar el *arreglo residencial* pierde significancia estadística la diferencia entre los estratos sociales bajo y alto, no así entre el estrato bajo y el medio, donde la discrepancia incluso se acentúa. Los momios de convertirse en proveedor de los hombres con un origen social medio, respecto a los hombres con un origen social bajo, son 34% menores. Estos resultados nos hacen suponer que en los estratos bajo y alto

es común encontrar esquemas de aportación tradicionales, donde el hombre es el principal proveedor; en cambio, pensamos que en los estratos medios tienen mayor presencia esquemas distintos al tradicional, con proveeduría compartida o femenina.

Cuadro 5.- Razones de momios de modelos logísticos de tiempo discreto sobre el calendario del inicio del rol de proveedor. Hombres. México, 2011.

	Modelos				
	1	2	3	4	5
Tramos de edad (<i>Ref.</i> 10-14)					
15-16	10.24***	10.28***	5.56***	5.02***	3.98***
17-18	32.24***	32.60***	12.63***	10.68***	5.75***
19-20	43.34***	44.03***	14.04***	12.50***	4.84***
21-23	63.14***	65.57***	19.21***	18.88***	5.44***
24-25	83.44***	87.98***	23.32***	24.17***	6.06***
26-28	62.92***	67.57***	17.26***	18.47***	3.97***
29-30	69.56***	74.95***	18.98***	21.02***	3.97***
Cohorte de nacimiento (<i>Ref.</i> 1951-1953)					
1966-1968	0.88	0.89	0.98	1.00	1.02
1978-1980	0.77**	0.79**	0.86	0.84	0.87
Origen social (<i>Ref.</i> Bajo)					
Medio		0.72***	0.79*	0.75**	0.66***
Alto		0.58***	0.74**	0.67***	0.97
Transición laboral (<i>Ref.</i> Sin trabajar)					
			28.87***	21.65***	19.14***
Transición laboral en Economía Formal (<i>Ref.</i> Sin trabajar en economía formal)					
Transicional (hasta 2 años)				2.59***	2.95***
Postransicional (después de 2 años)				1.12	0.83
Corresidencia (<i>Ref.</i> Con ambos padres)					
Hogar monoparental (madre)					2.48***
Sólo con cónyuge					43.98***
Con cónyuge e hijo					18.86***
Otro arreglo					2.48***
Pseudolikelihood	-3660.59	-3635.23	-3384.84	-3327.59	-2506.06
Pseudo R2	0.14	0.14	0.2	0.21	0.41
Años-persona	19568	19568	19568	19568	19568

* p<.05; ** p<.01; *** p<.001

Fuente: Elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Los resultados de este último modelo muestran que pertenecer a un hogar monoparental con jefatura femenina o tener una familia propia, aumentan los momios de convertirse en el principal sostén económico del hogar. Respecto de los hombres que viven con ambos padres (*categoría de referencia*), los momios de convertirse en el principal proveedor de los hombres que cohabitan sólo con su madre se multiplican casi 2.5 veces. Es posible que en este tipo de hogares, donde no se encuentra el padre, las familias requieran aumentar el número de efectivos en el mercado laboral para así poder cubrir las necesidades económicas. Por otro lado, los momios de convertirse en proveedor son 44 veces si se vive sólo con la cónyuge, y casi 20 veces si se cohabita con la cónyuge y al menos un hijo menor de 12 años, esto respecto a los momios de aquellos que viven con ambos padres. Más aún, estos resultados nos indican que una vez controlada la edad, la cohorte de nacimiento, el origen social y la primera inserción al mercado laboral, los momios de iniciarse como proveedor de los hombres unidos y los que están en pareja y son padres son muy altos en comparación a los que aún viven con sus padres. Este hallazgo nos hace suponer- sin descartar otras explicaciones- que el cumplimiento del mandato del rol de proveedor para los hombres mexicanos sigue estando en buena parte vigente a la hora de formar pareja o bien cuando la vida conyugal viene acompañada de la paternidad.

Apuntes finales

A partir del análisis por *cohorte de nacimiento y origen social* observamos que en las cohortes más recientes y en los grupos sociales más altos los hombres se convierten en el principal sostén económico de sus hogares más tarde. No obstante, estas diferencias en general pierden relevancia cuando consideramos otros factores, como, por ejemplo una de las transiciones a la adultez como lo es la *primera inserción al mercado laboral*, en tanto es la que posibilita un ingreso monetario, la independencia económica y, por ende, los recursos para convertirse en proveedores. Así, los resultados de los modelos logísticos de tiempo discreto nos permitieron confirmar la estrecha relación entre el *inicio de la vida laboral* y convertirse en *proveedor*, esto porque al incorporar la información de la primera inserción en el mercado laboral las diferencias generacionales dejaron de ser significativas. De esta manera, podemos concluir que las discrepancias por cohorte de nacimiento en el calendario de la proveeduría se debían a las posibilidades de ingresar al mercado de trabajo. Esto cobra sentido teniendo en cuenta el contexto en el que desarrollaron estos hombres, sobre todo de las cohortes más recientes, en tanto el aumento del desempleo, subempleo y que una buena parte ingresa en condiciones de informalidad laboral.

En la actualidad es bastante aceptada la afirmación de que la mayor gravedad de los problemas de empleo, pobreza y desigualdad social en América Latina, tienen como escenario los procesos de crisis fiscal y endeudamiento de los Estado nacionales, junto con las derivaciones negativas generadas por los procesos de integración y apertura de las economías nacionales al mercado mundial, y las consecuencias económicas y sociales impuestas por las políticas de ajuste y cambio estructural en la región (Salvia, 2007). Estas situaciones resultarían en una cierta *incertidumbre*, asociada fundamentalmente a la menor permanencia en el puesto de trabajo y a la mayor rotación laboral. Consideramos, pues, que dicha *incertidumbre* puede afectar a la hora de convertirse o no en sostén del hogar. En relación con esto, decidimos analizar también el papel

que pudiesen estar jugando las condiciones laborales a la hora de convertirse proveedores. La *transición al primer empleo formal* nos permitió confirmar que obtener un empleo en la economía formal alienta las posibilidades de convertirse en el principal sostén económico del hogar, ello independientemente del efecto que puede generar el ingresar al mercado de trabajo, y esto sobre todo durante los primeros dos años de haber conseguido ese empleo. De esta manera, pensamos que la seguridad que genera un empleo de dicha característica influye a la hora de convertirse en proveedores.

Asimismo, no queremos dejar de señalar, como lo hemos mencionado en varias ocasiones, que las diferencias en el calendario de la proveeduría también podrían estar dando cuenta de la extensión de la educación en las últimas décadas del siglo XX, sobre todo teniendo presente la estrecha relación que suele haber entre las transiciones escolares y las referidas a la inserción al mercado laboral.

Por último, un aspecto que nos pareció interesante incorporar fue la conformación de los hogares, asociada a las transiciones familiares en el marco del pasaje a la vida adulta. Como era de esperar, el tener una familia propia, con o sin hijos, aumenta de manera contundente los momios de convertirse en el principal proveedor, esto respecto de quienes viven con ambos padres. Lo mismo si el joven se encuentra viviendo con su madre (padre finado o ausente). En consecuencia, cualquiera que sea el arreglo familiar en el que se encuentren, el estar viviendo con ambos padres reduce los momios de convertirse en sostén del hogar, lo que reporta en definitiva calendarios más tardíos de los jóvenes en dicha conformación de convivencia. Además, uno de los hallazgos más importantes en este estudio es que, más allá de cuales sean los arreglos familiares en el que se encuentran estos jóvenes y sus calendarios (y condiciones laborales), los hombres de los estratos sociales medios se inician como proveedores más tarde. Al respecto, consideramos que este resultado se podría relacionar con un cambio en la distribución de tareas en el seno familiar, y con que posiblemente las cónyuges de los hombres con un origen social medio son corresponsables de la manutención económica del hogar y la familia (esquema de proveeduría compartida), o bien que sean ellas las principales proveedoras del hogar (proveeduría femenina).

Bibliografía

Aboites, Luis (2008), “El último tramo, 1929-2000”, *Nueva historia mínima de México*, México: El Colegio de México.

Beccaria, L. y Groisman, F. (2008), “Informalidad y pobreza en Argentina”, en *Investigación Económica*, México DF: vol. LXVII, No 266.

Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y Subjetividad Masculina*, Buenos Aires: Editorial Paidós.

Coubès, Marie-Laure y René Zenteno (2005), “Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno

(coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, México: El Colegio de la Frontera Norte.

De Oliveira, Orlandina y Brígida García (1988), “El mercado de trabajo en la ciudad de México” Garza (coord.) *Atlas de la ciudad de México*, México: Departamento del Distrito Federal.

Furlong, Aurora (2006), “La categoría género”, *Género poder y desigualdad*, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Facultad de Economía.

Gonzalbo, Pilar y Cecilia Rabell (2004), “La Familia en México”, Rodríguez, Pablo (coord.) *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, Colombia: Convenio Andrés Bello Universidad Externado de Colombia.

González, Ligia y Ma. Isabel Monterrubio (1993), “Tendencias en la dinámica y la distribución de la población, 1970-1992”, *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, México: Secretaría de Gobernación, tomo IV.

Huesca, Luis (2008), “Análisis de los cambios de la población masculina en el sector formal e informal urbano de México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, México: El Colegio de México, vol. 23, núm. 69, pp. 543-569.

Martínez-Salgado, Mario (2010), “Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo XX”, Tesis doctoral, Centro de Estudios demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, México.

Olavarría, José (2006), “Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina”, Careaga y Cruz (coords.) *Debates sobre masculinidades*, México: Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México.

_____, Cristina Benavente y Patricio Mellado (1998), *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*, Chile: FLACSO.

Pacheco, Edith (1994), “Heterogeneidad laboral en la ciudad de México a fines de los ochenta”, Tesis doctoral, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, México.

Ramírez, José Agustín (1992), *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*, México: Editorial Planeta.

_____, (1998), *Tragicomedia mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*, México: Editorial Planeta.

Rendón, Teresa y Carlos Salas (1993), "El Empleo En México en los Ochenta: Tendencias y Cambios", *Comercio Exterior*, México: vol. 43, núm. 8, pp. 717-730.

Rojas, Olga (2008), *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México. Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*, México: El Colegio de México.

Rosas, Carolina (2006), “Varones al son de la migración. El papel de la migración internacional en la configuración de la/s masculinidad/es: estudio cualitativo en una localidad veracruzana y en Chicago”, Tesis doctoral, Centro de Estudios demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, México.

Ruiz, Crescencio (1999), “La economía y las modalidades de la urbanización en México: 1940-1990”, *Economía, Sociedad y Territorio*, México: vol. II, núm. 5, pp.1-24.

Salvia, A. (2007), “Consideraciones sobre la transición a la modernidad. La exclusión social y la marginalidad económica”, en Salvia, A. y E. Chávez Molina (eds) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*, Buenos Aires.

Solís, P. (2013), “Un índice de orígenes sociales para la EDER 2011”. *Presentación de la construcción de la variable IOS, mimeo*.

Tokman, V. (2007), “Informalidad, inseguridad y cohesión social en América Latina”, *Serie Políticas sociales*, Santiago de Chile: No 130, CEPAL.

Tuirán, Rodolfo (1993), "Estrategias de vida en época de crisis: el caso de México", *Cambios en el perfil de las familias latinoamericanas: la experiencia regional*, Santiago de Chile: CEPAL.